

AÑO 1.

BARCELONA 21 SEPTIEMBRE 1893

Nº 28



Plumay Lápiz

Periódico

Literario

Ilustrado

15 Cents



Admon-Busquets-H.^s
Almo, nº 8



DESDE LA PUERTA DEL SOL

Le ha llegado á la explanada de las Vistillas la hora de su apoteosis, y, como todos los años por Septiembre, encuéntrase convertida en un parque de artillería. Por todas partes donde se tienden los ojos, se distinguen enormes barricadas de melones, que parecen balas de cañón, con sus mesitas delante, sobre las que reposan diversas rajadas del sabroso fruto, blancas como cuartos de luna. Son el cebo; la gente que pasa se detiene y compra.

Es el mes de la invasión para Madrid. En los claustros universitarios, en las oficinas públicas, en las redacciones de los periódicos, en los bancos rojos, bajo el frac, dentro del smokin, en el uniforme, declamando, hablando, escribiendo, encuéntrase, á poco que se hincan la uña, una corteza resbaladiza y dura, que no se adivinaba á la simple vista. Tiene fama de talento, de erudición, de elocuencia; el color del cristal con que se miran las cosas; en el fondo no hay otra cosa que el melón nuevo de invierno, de la estación dorada; el melón, como si dijéramos, de la tierra madrileña. Solo que el melón de los salones no se descubre, no enseña las pipas, disimula. ¡Bien hayan, pues, los melones de las Vistillas, que no ocultan su estirpe, ni se avergüenzan de su raza, como sus hermanos, seguramente menos dulces que ellos y, por ende, más pepinos!

**

Ha sido tradicional, en todo tiempo, el sentir cierta envidia hacia los empresarios del teatro Real. La noticia de esos tres ó cuatro millones de abono, ingresando en las taquillas de la ópera, es, con efecto incentivo, bastante para despertar la codicia. Coincidiendo con tal derroche lírico de dinero, vé la gente desierto el corral de la Pacheca, muerta la escena patria, y el vulgo que no piensa, que obra por espejismos, exclama con un suspiro: ¡Ah! ¡El conde de Michelena!

Y nadie sin embargo más digno de lástima. Recuérdese la pretensión de Tamagno: 6,000 francos oro por función, 2,000 de viaje, y cantar solo «Otello», «La forza del destino» é «Il Profeta». Las exigencias de la soprano y las del barítono no serían ó habrán sido de menor «tamagno». Hoy no se contentan con menos los cantantes que con una fortuna, una guardia de honor, la inmortalidad, un asiento á la diestra del Dios padre, media poética luna, una claque dirigida por el czar de Rusia, y el imperio universal. Cuando el buen conde termina la lista de su compañía, tiene que descansar como el supremo Hacedor cuando creó el mundo. Los grandes compositores, los géneos musicales, cobrarán mil francos; sus intérpretes no levantan la epiglotis por menos de medio millón. La desproporción, el desequilibrio, suman muchos pares de bemoles. Fulanini ó Menganini, percibiendo unos derechos que no soñó siquiera el gran Meyerbeer ó el insigne Donizetti.

**

Hasta el año próximo. El termómetro bajando algunos grados, y los primeros venticillos soplando de la sierra, han puesto en fuga á los abonados al salón del Prado, y ya no se distinguen por la noche, en el amplio paseo, las faldas de visillos de balcón y los sombreros caseros de la estación estival. La silla de hierro tradicional, en la que han echado todos sus sueños las miles de mamás complacientes que no veranean; las que han oído esos millares de diálogos tiernos, intercalados entre los maternos ronquidos por la feliz pareja de enamorados y su camarada de estrategia; la farola de tres brazos, adorada por el señor gordo que á su luz se lee «el gorro de dormir» (vulgo Correspondencia) y aborrecida por los chicos á quienes ponen al descubierto, impidiendo intimidades propias de la primavera de la vida, se han quedado solos. Ya no se forman tertulias bajo sus mecheros, ni se agrupan los férreos sillones para glosar un chascarrillo y una historia, sacando á tiras la epidermis del prógimo. Las noches tempranas han iniciado la retirada saludable, y, salvo algún que otro fogoso que busca todavía fresco, sentado, nadie

discurre por allí, dejando abandonado á su suerte triste al frondoso y plácido salón. En breve se desmontarán las farolas extraordinarias y se arrumbarán las sillas. Sic transit gloria matritensis...

**

Cortemos algunas hojas más de la cartera de viaje. San Vicente de la Barquera; el reverso de la medalla de San Sebastián, el ostracismo de la corbata, la sustitución de las botas por las alpargatas, el descamisamiento, el sombrero de esparto, la libertad, el yodo sin neutralizaciones y sin... trampas. No hay madrileño que no retorne de allí con amapolas en las mejillas y hierro en la sangre. Tiene una iglesia antigua, de mérito, visitada por Carlos V., una encina donde ató su corcel Carlo Magno, y unas rosquillas hojaldradas, dignas de los dos reyes. Comillas: marina y paisaje. Por todas partes el marqués: su palacio y su capilla, dos preciosidades góticas; el Seminario, atrevido pero extraño, costeadado por el marqués; la estatua del marqués, en la costa. Allí nació el grande hombre; es natural que se veneren su memoria. Los Picos de Europa: el respetable Pirineo. La inmensa belleza de los panoramas contemplados desde los nidos de las águilas. Se echan de menos las comodidades de Montserrat. Santillana: una joya arqueológica. La montaña verde, frondosa, poética, dulce, con sus porches y sus mujerucas. Puente Viego: balneario de moda: duques y próceres. ¡Salve, cuello virginal de almidón!

**

La familia reunida discute la carrera que va á emprender el bachiller reciente, y D. José, un exconcejal modernista, exclama dándolas de filósofo:

—Nada, nada... Déjate de libros. Una cosa que produzca mucho dinero: «pelotaire».

ALFONSO PEREZ NIEVA

¿IMPOSIBLES?

I

—¿Que te quiera? Mentira me parece que me propongas eso, tú, que ya sabes que sería buena aunque no hubiera Dios ni hubiera cielo. ¿Que te quiera me dices? Pero ¿crees que podría quererte yo, sabiendo que quererte es lo mismo que clavarle un puñal en el pecho al hombre á quien al pie de los altares juré un día dar alma y vida y cuerpo, para que al caer la sangre de la herida me marcara á mí misma con el sello de la deshonra, y á mis pobres hijos, —¡la única dicha que en el mundo tengo!— les cayera también el mismo estigma, les manchara también el mismo cieno? Y aunque no fuera así, y aunque no fuera ni por él ni por ellos, tú, que ya me conoces, tú, que sabes como soy, como vivo y como pienso, ¿crees que he de faltar á mis deberes ni volviendo á hablar de esto, yo, que amo la virtud, aunque supiera que era el camino corto del infierno?

No, ya lo sabes, mira: nos ha unido casi desde la infancia un lazo estrecho; hemos jugado juntos muchos años, juntos hemos vivido mucho tiempo. Nos quisimos... entonces. La desgracia nos separó después... y todo es eso. Si quieres que te quiera como entonces ya sabes que ni olvido ni aborrezco... pero de otra manera... ya lo sabes: ¡no sueñes imposibles! ¡no te quiero!

II

Sé que es un crimen nuestro amor. Mis hijos,

si lo supieran ellos, sé que han de maldecirme, porque sea más grande aún la maldición del cielo. Y lo merezco todo, y yo quisiera olvidarte ó morir pero... ¡no puedo! ¡Ven!... ¡Ahogame en tus brazos! ¡Déjame [ahora] que esconda la cabeza aquí, en tu pecho, y déjame que lllore muchas lágrimas, ¡y dame muchos besos! ¡muchos besos!...

MARCIAL DE LOS RIOS

EXPIACIONES

CARTA A C.

Indómitas altiveces y enterezas de mi genio, que son con todos mi orgullo y que contigo lamento, me llegaron á dictar dichos de que me avergüenzo, origen de tus agravios, raíz de dudas de un momento, motivo de tus enojos, y causa de mis tormentos. Bien sé, que tú, que no puedes alimentar en el pecho, contra mí, largos enconos ni rencores duraderos, disculpando mis ofensas, y generosa en extremo, olvidaste las palabras y disculpaste los yerros. Mas yo, que ya arrepentido medito mi crimen, veo, que ni el indulto he ganado ni tu compasión merezco;

y, aunque estimo la merced de tu perdón, no la acepto, y no borraré el delito si no le purgo primero. Hoy yo, para condenarme, siendo juez y parte á un tiempo, he formado el tribunal y he sentenciado el proceso. En atención al delito cometido, y con arreglo á un código criminal entre yo y el Amor hecho, me condeno: á vivir siempre en la cárcel de tu cuerpo, siendo tu amor la cadena, grillos y esposas los besos, centinelas tus pestañas y tus ojos carceleros. Ya verás con que placer mi dulce cadena llevo, como no cojo amnistias y la libertad desprecio.

Seguro estoy de que nunca
querré salir de mi encierro,
ni jamás me cansará
de los grilletes el peso.

Mas, si lo que no es posible,
un día, obcecado y necio,
desato mis ligaduras
y mi alegre carcel dejo,
¡por piedad! no me abandones,
persigueme con empeño,
acósame en mis guaridas
y hazme otra vez prisionero.

Cuando me hayas capturado,
sin oír súplicas ni ruegos
para juzgar mi delito,
me sometes á un proceso,
y tú, haciéndote fiscal
inexorable y severo,
firmas mi pena de muerte,
que es la pena que merezco.

Haces firme la sentencia,
como Tribunal Supremo,
y me señalas el día,
que debe ser mi postrero.

Y cuando llegue mi hora,
fatal y dichosa á un tiempo,
ejerciendo de verdugo
me echas tus brazos al cuello,
me ciñes, mientras me besas,
en un círculo de hierro,
y aprietas hasta que espire,
diciendo tu nombre, el reo.

No tengas debilidades
y ejecútame sin miedo;
verás como te bendigo
y verás que alegre muero,
si son argolla tus brazos
y es patíbulo tu seno.

MIGUEL TOLEDANO

—¡No se rompel... ¡No se rompel...

I

Don Paco, con la tenacidad que á sus ideas dán los viejos, persistía en la suya de casarse... ¿Que esto era una locura á los setenta años?... Por sabido se calla... Pero, Don Paco, después de una tan larga vida de solterón, sentía el ánimo yerto por la nieve de los años... ¡Había dejado transcurrir con punible indiferencia tantos días, y no supo formarse el círculo de afectos en que se encierran la mayoría de los seres: la familia!... Ahora, renegaba del caudal que le legáran sus padres, y que coadyuvó á que imitase á la mariposa: revoloteó, en sus buenos tiempos, de flor en flor, en el vergel de cariños ficticios, y solo tuvo cosecha de un indefinido perfume de pasión, volatilizado enseguida, que no pudo compensarle jamás de muchos sinsabores, ni de esas múltiples saetas de oro que arroja el Cupido galante, y que, clavándose en el corazón, le sangran, dejándole exhausto de esa sávia de la vida que se llama «ilusión».

Morir así, sin una mujer amante, sin hijos, sin nadie, en fin, que perpetúe el tránsito de un alma por el mundo; deberlo todo á la ambición hipócrita del dinero, que finje cariños y solicitudes; verse á última hora rodeado de atenciones mercenarias, de seres desconocidos, que siguen, con ojos de ave de rapiña, el curso de la enfermedad... ¡ay! Y Don Paco, entenebrecido el ánimo por este discurrir nada alhagüeno, de noche, al sepultarse en el monumental lecho colgado, creía que la habitación se estiraba, como si sus paredes fueran de goma, y de ellas tirasen invisibles titanes... Formábase así el vacío y aumentaba el helamiento del corazón del rico... Y dióle la manía por creerse á sí propio un criminal, un bandido sin entrañas... Cada muchachita que topaba al paso en las calles, era para él un fiscal con faldas, que acusándole, le decía:

—Eres un imbécil, que no has sabido siquiera hacer la felicidad de una mujer honrada... En cambio, has lucido tu talento y riquezas con ladradas, que así han hecho caso de tí como del Moro Muza.

Y atropellábase en la mente una porción de nombres: Julia, Carmen, Remedios, Amalia, Concha, Amparo... no sé cuantas, que Don Paco había conocido en tan luengos años de divertimento; maniqués de amor, así hechos, en su mayoría, por falta de recursos y sobra de hombres egoístas.

A veces, cuando la murria era grande, tenía antojos ridículos: parábase á corta distancia de los talleres de modistas, sombrereras, ó cosa así, y miraba al interior con ojos lánguidos - ni más ni menos que un mozalbete—suspiraba como si le arrancasen el pecho, y seguía su camino... Era cosa de risa ver á aquel respetable señor de canosos cabellos, ir cosido á las faldas de alguna damisela de veinte abriles, rezándola al oído unos tan altisonantes conceptos encomiásticos, que fueran de sobra pulidos para emplearse en pulquérrimas y linajudas duquesas... Claro es que, la agraciada con tales distingos fraseológicos, oíalos sin aprecio, como quien oye llover, y á veces, ¡oh, inconsideración femenil! solía reirse á mandíbula batiente, barboteando:

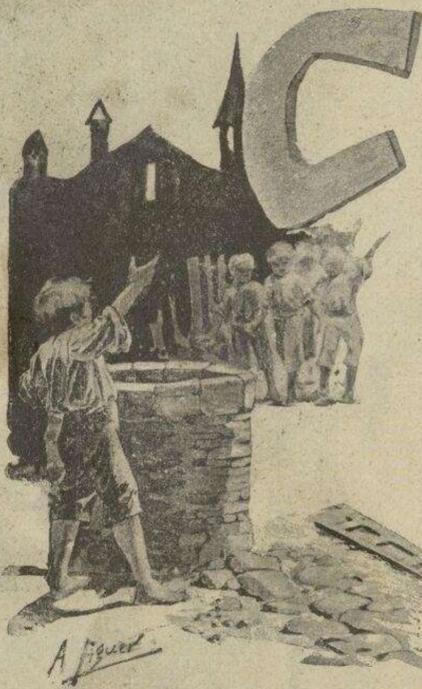
—¡Miren, miren el abuelo, y con que trapacerías se descuelga!...

Si «ellas» pudieran comprender el honrosísimo móvil que impulsaba al que, según todas las trazas, suponían un viejo burlador, acaso guardáran el trapo de la risa y trocasen el desprecio; pero... ¡así es el mundo!: confunde lastimosamente el objetivo de muchas acciones.

Enfurecíase Don Paco contra aquella negativa de sus ideales.

—Está visto—pensaba:— con este empaque y estas hechuras no

COMO LA LUNA EN EL POZO



ON toda la fuerza de sus pulmones, gritó el chicuelo á la turba infantil que merodeaba por aquellos andurriales.—¡Venid, Venid pronto, que se ha caído la luna en el pozo del tío Melindres!...

Pronto los muchachos rodearon á su vocinglero amigo.

—¿Que se ha caído la luna?—preguntó uno de los arrapiezos, abriendo los ojos con expresión de estúpido asombro.

—¡Ya lo creo! ¡Mírala ahí, abajo, en el fondo!

Los chicos se asomaron al brocal. Efectivamente: la luna—parecida á una enorme onza de oro—destacábase, como sobre un manto negro, en la superficie del agua.

Para los chicuelos, aquel sencillo fenómeno resultaba un espectáculo extraordinario: á uno, —el Maquiavelo de la turba,—ocurriósele una cosa estupenda:

—¡Vamos á romper la luna!—gritó todo alborozado.

Y, sin más consulta, agachóse á tierra, y recogiendo una porción de guijarros, se acercó al brocal y fué arrojándolos al fondo... Caían las piedras, y su estallamiento contra el agua arrancaba un «plaf», que llegaba como un lamento á la boca del pozo...

Y á pesar de las pedradas... ¡qué diablo!... la luna permanecía siempre fija, allá en lo hondo del agujero.

Los muchachos abandonaron el brocal, murmurando con tristeza:

DONDE LAS DAN LAS TOMAN, POR FIGUER



1—Hoy no necesito yo más que mirar á una mujer y... ¡flechada!



2—Por allí viene una. Y es guapa, guapisima... ¡Bocato di oficiali!



3—Mi corazón, y la guerrera nueva, y la teresiana, y todo lo que usted quiera, ¡preciosísima!



4—¿Y quien no te quiere á ti, con una carita tan... tan... ¡Que pellizquito más suave!



5—Pero, ¡por Dios, eriatural... ¡Que morrada más atrozi!

PLUMA Y LAPIZ



Amor ciclista

es milagro que supongan en mí torcidos deseos... Ea, la reforma del físico se impone.

Y dicho y hecho: don Paco consintió en que una aleve navaja barberil desterrase la nivea pelambre del rostro, y que una tintura, bautizada con un pomposo nombre chino, mintiese en la calva un puñado de pelos, negruzcos como el ala del cuervo.

Satisfecho por la metamorfosis, que le rejuvenecía en cuarenta años, dióse nuestro hombre á buscar la mujer á quien pudiera hacer regalo, si no de las fogosidades de la pasión juvenil, al menos de la tierna y cariñosa gratitud de una vejez que se paseaba en el carricoche de la fortuna.

Al fin y á la postre, hízose bueno el refrán «nunca falta un roto para un descosido»... ¡Don Paco, tuvo novia! No os sonriais maliciosamente. Era una pobre muchacha de veinte y tantos mayos, y, aun que no era un prodigio de hermosura, tenía toda la lozanía de la rosa, al despertar de un día primaveral. Esta fulanita hizo caso de los desmayados suspiros y trasnochadas lindezas de aquel caballero que tenía todas las trazas de un respetable canónigo, y creció de punto la atención y el interés en complacerle, al escuchar de labios del adorador, que él no se paraba en barras, y apechugaba con el casorio, cuanto antes mejor, máxime en novio que peina canas. Los padres de la futura bendijeron su buena suerte, que tan de improviso les regalaba un bienestar inapreciable con aquel yerno, viejo sí, pero archimillonario...



II

Don Paco, fué un héroe.

¡Se casó!

Los que sabían esta aventura, rieron grandemente en las barbas del buen señor. Antes de llegar al desenlace, sus más íntimos amigos atrevieron á hacerle consideraciones muy acertadas, respecto á los peligros del nuevo estado que iba á afrontar. No faltaron—en casos tales nunca faltan—los desinteresados Mentores que resumiesen su consejo en estas ó parecidas frases:

—Mira, Paco: cuando se cuentan tus años es peligrosísimo el matrimonio. Te expones á una porción de calamidades, anticipas el fin de tu existencia, y en lo poco que de ella te reste, serás el paño de púlpito de todos; porque la malicia del mundo vá siempre más allá de lo conveniente. Mira que mujer... joven y marido viejo, es lo mismo que estopa mojada junto á pólvora seca, y que no faltarán fulminantes, en forma de galanes, que intenten la explosión... Considera que no es plato de gusto para una esposa de veinte, la compañía de uno de setenta: es una débil capa de nieve, queriendo apresar una gran cantidad de fuego. No te forjes ilusiones: no es esto dudar de la virtud de tu elegida—Dios nos libre—pero se necesita mucha abnegación, y una paciencia ilimitada, para consagrarse por entero á un hombre que es sólo un archivo de recuerdos y un almacén de alifafes. Calcula si es grave lo que intentas hacer, cuando á los mismos jóvenes se les repite aquello de... *antes que te cases...* En fin, Paco, ya es viejo Pedro, etcétera: haz lo que gustes: conste que te digo verdades, aunque éstas siempre resultan amargas: á mí me parece que cometes una tontería de las de á folio. Y el Señor quiera no te traiga fatales consecuencias.

Hubo quien, pasándose de listo, le confiara sus temores de que á la futura movíale la voluntad un cálculo tan repugnante como egoísta.

Don Paco, escuchó aquel aluvión de reflexiones, con la resignación de un mártir.

—Yo no escucho más que la voz de mi conciencia—replicó.—Esta me dicta que, ya que he cometido tantos desaciertos en mi larga vida, los repare en lo posible, haciendo feliz á una pobre... Yo, viviré poco; á lo menos, en la hora suprema, palpitará á la cabecera de mi cama un corazón cariñoso, el de mi esposa, aunque tal cariño sea sólo un reflejo de gratitud... Retengo contados años á una joven, que acaso sería muy desgraciada de otro modo, y la devuelvo á la sociedad en la plenitud de su vida, llena de riquezas, y libre de elegir el marido que se le antoje...

Ved como la conciencia es en algo parecida al reflejo de la luna en el fondo del pozo, y que es una solemne chiquillada el arrojar sobre ella las piedras del interés, la maledicencia ó alguna otra.

ALEJANDRO LARRUBIERA

DELIRIO

María, dulce ilusión,
que trae á mi mente agravios;
nombre que tengo en los labios,
y me abraza el corazón;

Vénus que el artista alaba
por la escultural belleza;
amor que en delirio empieza,
y entre congojas acaba;

Flor que los ámbitos llena
de perfumes seductores;
día que promete albores
y de oscuridad se llena;

Postrera inspiración mía,
cuando la vejez avanza;
débil rayo de esperanza,
que ha de alumbrar mi agonía;

Angel de rasgados ojos,
que con éxtasis admiro;
tierno efluvio de un suspiro,
que halla en su camino abrojos;

Mujer que el encanto vierte,
donde el desengaño anida;
último adiós de la vida,
entre sombras de la muerte;

Deja el fausto y los salones,
siquiera por un momento,
para darles con tu aliento,
aliento á mis ilusiones.

Olvida la innumerable
cohorta que te rodea,
y amparo tu imágen sea
de mi lecho miserable.

Por más que el baile te incita,
el baile, hermosa, abandona;
vén, que aguarda una corona
de luz, mi frente maldita.

Una corona de besos,
como aquellos que me diste
cuando tú mi gloria fuiste,
entre amorosos excesos.

Vén, vén, y otra vez ultraja
la verdad con la mentira;
no temas, no; ¡tira, tira
cieno sobre mi mortaja!

¡Yo te amé! Notas süaves
nacieron de mis deseos,
más dulces que los gorjeos
de las trinadoras aves.

Yo te amé, con el delirio
de la sutil mariposa,
que entre la llama se posa,
que ha de darle cruel martirio.

Yo te amé, corriendo ciego
en pós de mentidas glorias,
¡y en ceniza, mis memorias
trocó, de mi amor el fuego!

¡Yo te amé! y de mi existencia
te hizo dueña el afán mio,
y, esclavo de tu albedrio,
manché impuro mi conciencia.

Y aunque el recuerdo taladre
hoy mi corazón, por ti
fui torpe, malvado, y fui,
más que todo, cruel padre.

¡Oh! ¡vén! ¡se acerca la hora
de mi confesión postrera!
¡vén, que anhelante te espera
mi alma, que aún te adora!

Vén, que tengo afán de verte;
vén, que tengo sed de oírte,
perdonarte y bendecirte,
en las sombras de la muerte.

En mi lecho de dolor,
vén de hinojos á postrarte;
vén, mujer, que quiero darte
la última prueba de amor.

Y es: jurar que, si es verdad
que existe Dios, y al eterno
fuego voraz del infierno,
condena la cruel maldad;

Si es verdad que el sufrimiento
logra una eterna ventura;
si es que alcanza mi amargura
tener en la gloria asiento,

Como sé que á Belcebú
perteneces, ¡en mi anhelo
de verte, dejaré el cielo
por ir donde vayas tú!

JOSÉ M.^a CODOLOSA

¡ VENCIDO !

I

HABÍA tenido por madre cariñosa la sala fría del Asilo, y la autoridad correctora del padre habíala visto representada por el bastón airado del celador y la palmeta incansable del maestro. No teniendo quien le amara, había convertido en objeto de su amor todo lo brillante y bello del mundo sensible, todo lo que le hablaba al alma con la voz querida de un recuerdo dulce ó una esperanza consoladora, desde el sol benéfico que vivificaba los árboles raquíticos del jardín,—triste y menguado, como ración tasada de alegría concedida al pobre,—del patio del Asilo, hasta el último rincón, oscuro y helado, del caserón sombrío del Hospicio, de la casa solariega del desamparo. Era poeta. No había *hecho* versos porque no sabía que cosa fuera ello. Pero había visto formar al humo de su cigarro siluetas vagas de mujeres divinas, y habíalas amado también con entusiasmo...

II

—¡Ah, quien tuviera una amante de ojos negros y rasgados, de labios rojos y de esbelto talle!

Pasaban á miles por delante de la reja de su sala, las alegres parejas; los brazos enlazados, rozándose las miradas, y las almas bebiéndose en el infinito...

Pasaban por su lado las mujeres hermosas, del brazo de sus amantes afortunados, ligeras, vaporosas, enamoradas, rebosando dicha y contento, murmurando enloquecedoras frases de amor inmenso, riendo alegres con locas carcajadas de frenético regocijo, con los ojos negros lucientes de entusiasmo, con la sangre bullidora enardecida, el corazón pletórico de amores palpitantes, dejando

tras sí estela voluptuosa de perfumes y notas cristalinas de sus vocécitas simpáticas, sin cuidarse del bullicio de la gran ciudad, ajenas á todo lo extraño á la propia dicha, y sin dignarse ninguna hacer la limosna de una mirada de sus ojos hermosos al pobre hospiciano que, asido nerviosamente á la reja dura de su sala, murmuraba entre lágrimas su eterna cantinela:—¡Oh, quien hubiera una amante de ojos negros y rasgados, de labios rojos y de esbelto talle!

III

El reglamento lo ordenaba y se cumplió su mandato.—Vé—le dijeron—el mundo es tuyo; el asilo ha cumplido su misión... ¡A la calle!... Eres libre y autónomo... A él le extrañó que al darle la libertad apetecida le hablaran del reglamento, aquello mismo que se invocara siempre para su castigo, aquello que él creyera algo como inquisitorial instrumento de suplicio... ¡Cosas de la vida!...

Le pusieron en la calle y, al hallarse en ella, no supo emprender á la derecha ó á la izquierda. Erale igual. ¿No le habían dicho que el mundo era de los jóvenes y los fuertes?... ¡De él era el mundo!... Su porvenir incierto no le preocupaba; solo recordaba las mujeres hermosas y amantes, que desfilaban por delante de la ya olvidada reja de su dormitorio, y encontrar alguna á quien amar y que le amase era su único anhelo. Su pensamiento, en aquella hora suprema de su lanzamiento á la lucha, no se detuvo un punto en las angustias aterradoras del combate diario por la vida... ¡Qué sabía él de eso! ¿Acaso piensan los pájaros, al abandonar el nido de su madre, en qué rama ignorada colgaran su palacio de aristas y de plumas?

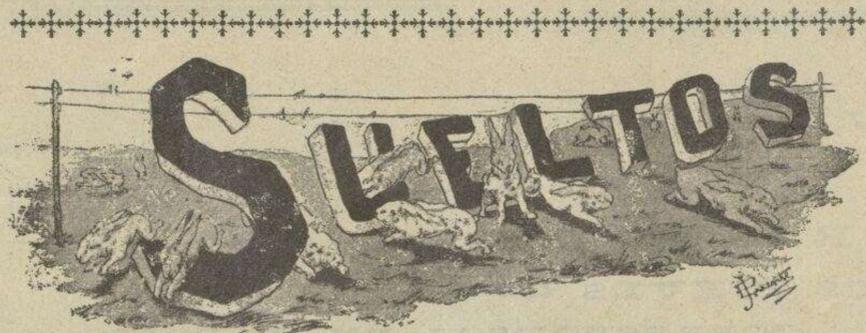
IV

—¡Amor, amor! Esa es mi vida... Ese es mi único norte... He nacido para amar y no he tenido quien me ame. He buscado una mujer que me comprenda, una mujer á quien levantar un ara en mi corazón, vanamente. He puesto mi corazón de rodillas y he arrastrado mi alma delante de mujeres impuras, incapaces de percibir lo grande de mi amor, y Aparta—me han dicho,—tu contacto envilece; llevas el estigma vergonzoso de tu origen incierto en la frente... Mi hogar frío no ha sido alegrado jamás con la presencia de un sér adorable... La lucha espantable por la vida, ha espolvoreado sobre mi cabeza la nieve de los años... Mis nervios poderosos, duermen ya el sueño desconsolador de la impotencia... Mi vida, consumida en la persecución del ideal querido, se extingue lentamente, como se apaga el sol en brazos de la noche... Pobre y sin fuerzas, el cuerpo muerto y el alma encallecida. ¡Oh, que dulce esperanza es la muerte para el que vive sin fé consoladora en el porvenir ignorado!... Mas no... Aún, aún siento en mis labios secos arder un beso inmenso, en que yo pondría toda la fé de mis ideales caidos, todo el amor de mi corazón lacerado...

V

El pájaro siente la nostalgia de la jaula, y de su propia voluntad vuelve á la prisión regalada, donde le espera la tierna jovencilla que no ha olvidado el ritmo cadencioso de sus melancólicos trinos de prisionero. El hospiciano ha vuelto también á contemplar su jaula, lo que únicamente creyera él capaz de amarle, pero, más desgraciado que el pájaro, no puede ocupar su prisión tranquila. Solo le es dado contemplar desde lejos el jardín miserable, la lúgubre ventana, en cuya reja soñara con transportes de amor ultraterrenos. No le espera allí una voz amiga para su consuelo, ni hay, en su casa soloriega, para su dolor lenitivo alguno. Sin embargo, el hospiciano contempla arrobado, con la complacencia con que se mira á las madres, el caserón vetusto; mira con ojos ansiosos la reja de su sala, y siente renovarse su sangre empobrecida, siente en su alma el fuego de sus primeras doradas ilusiones, siente brillar sus ojos apagados, vibrar sus nervios flácidos, como al impulso de la emoción primera; siente en sus labios el ardor de *aquel* beso muerto, y murmura inconsciente, como cuando adoraba las siluetas indefinibles y bellas, que el humo de su cigarro formaba al deshacer su espiral blanquecina en el aire, la eterna cantinela de su vida:—¡Oh, quien hubiera una amante de ojos negros y rasgados, de labios rojos y de esbelto talle!...

JOSÉ DE CUELLAR



Durante la pasada semana no se han registrado más que cinco ó seis motines dignos de mención.

Pero, tengan Vdes. una *mijita* de paciencia y no se desesperen por eso.

Que tal vez la semana que viene haya más.

Porque esto ya es como una letanía, á la que sigue un *padrenuestro* eterno, que reza, á los oídos del gobierno, el pueblo, en el motín *de cada día*.



Hablando de cierto calvo, dijo ayer Blas á Procopio:—Es un chico que no tiene *siquiera un pelo de tonto*.

— Cuando se marchó Matilde, tu querida, con Anselmo, te dejaría asombrado.
— No, me dejó sin un céntimo.

EDUARDO GUILAR

El calor continua haciendo de las suyas y de las otras. Y continúan fugándose las parejas más ó menos amantes, que, por lo visto, son los únicos seres que no temen al calor.

Y lo malo no es que no le teman, ni que se fuguen; lo malo es que van Vdes. por cualquier parte y no pueden mover un callo sin tropezar con un par de tortolitos que, como si nadie les viera, se obsequian en público con los mimos más dulces.

Los balnearios, y el campo sobre todo, están intransitables.

Con lo cual, por supuesto, ha debido ganar muchísimo la agricultura.

Porque ya no hay campos de secano.

¿Que ha de haber, si aún cuando pase uno por un arido arenal, enseguida se le hace la boca agua?



¡Que penas tan grandes son las que se callan!
¡Porque las penillas, en cuanto se lloran, se van con las lágrimas!

Río á carcajadas y tengo los ojos rojos por el llanto y llenos de lágrimas.

JOSÉ DOZ DE LA ROSA

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Caronte.—Valencia.—Empieza V. las seguidillas con un verso que dice:

«Nunca me habían gustado»

y, ¡claro! ya no pueden ser seguidillas.

El Prior.—Madrid.—Gracias por su atención, pero somos enemigos irreconciliables de los logogrifos.

Z. C.—Lástima que el género haya pasado de moda, aunque por mí... ¡bien pasado está!

Picadura.—Algo se aprovechará *in extremis*.

R. M. P.—Alcalá.—Sí, señor: ahí va íntegra, para grato solaz de los lectores, sin quitarle ni siquiera el encanto de su primitiva ortografía:

«Tras tu cariño Marta

Yo te sigo amoroso

Costante presuroso

Cual si fueras Santa.

Y tu con livre alvedrio

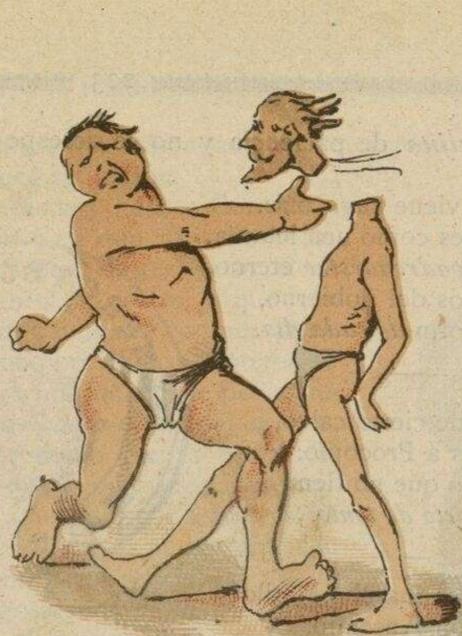
Me desoyes me aborreces

Me maldices me escarneces

Y por fin me llamas ¡Tío!»

¡Parece mentira que se conforme la chica con llamarle tan poca cosa!

(Quedan más cartas por contestar.)



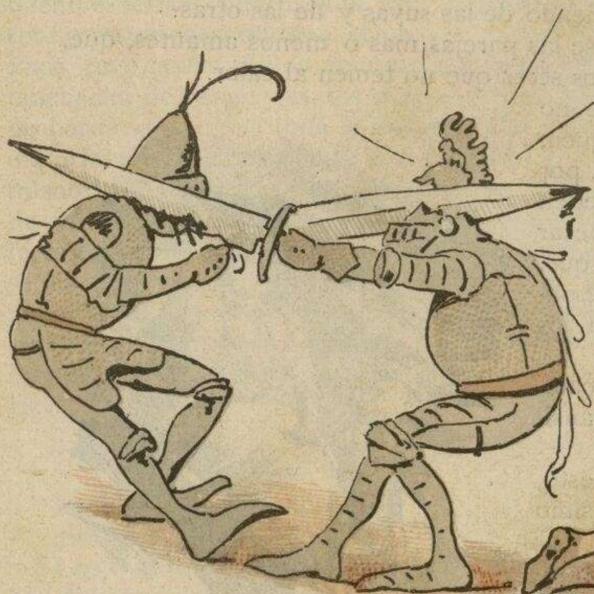
¡Esto es desafiarse!



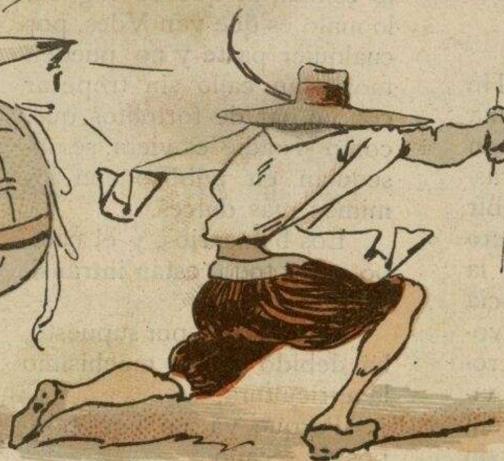
Y esto.



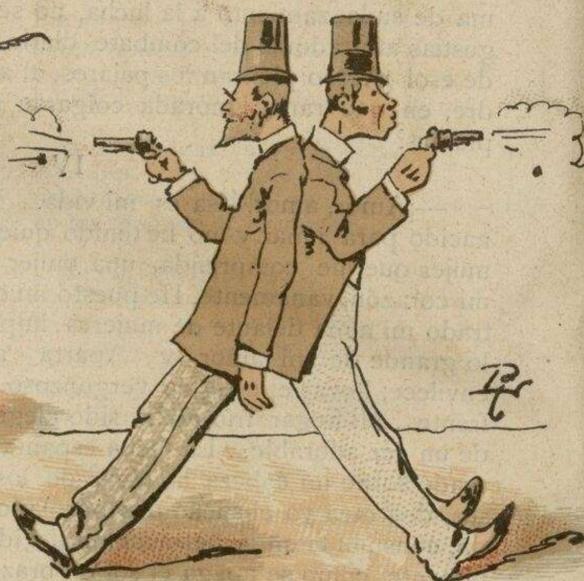
Pues ¿y esto?



Todavía, todavía es..



¡Pshé!



Esto ¿es desafiarse?

TALLERES DE TIPO-LITOGRAFIA

ENCUADERNACIONES, RELIEVES

Y CASA EDITORIAL

BUSQUETS HERMANOS

Calle del Olmo, núm. 8

BARCELONA

PLUMA Y LAPIZ

PERIÓDICO LITERARIO ILUSTRADO

SE PUBLICA LOS JUEVES

SUSCRIPCIONES

Barcelona..	trimestre	2 Pesetas
Provincias..	semestre	4
Ultramar y extranjero..	un año	13

TODOS LOS PAGOS POR ADELANTADO

CORRESPONSAL EN MADRID
para la venta de números corrientes y atrasados

D. ANTONIO FERNANDEZ. - MAYOR, 2 Y 4

CORRESPONSAL EN BUENOS AIRES

D. EMILIO A. COLL. - Calle de Chile, número 2164

VERMOUHT UNIVERSAL

MANSIÓ

PREMIADO EN TODAS LAS EXPOSICIONES

FABRICA EN SANS

CALLE DE COLÓN, N.º 88

Depositaris Exclusivos en España

DE LOS ACEITES,

grasas y desincrustantes

MARCA FENIX

Correas, Empaquetaduras, Gomas

Algodones, Amiantos, etc.

BUSQUETS Y TORRA

Importación directa de aceites minerales

de Rusia y América

BILBAO, BAILEN, 17.

(Teléfono n.º 638)